porque aquella no puede cumplir su mision civilizadora en el seno de los pueblos sino reuniéndose á los principios católicos. Esta feliz alianza aceleraria la marcha de la sociedad hácia una completa civilizacion, hácia un estado de sosiego ardientemente deseado.

No se crea que la filosofía tuviese que andar tanta distancia como comunmente se figuran algunos: sin cesar viene á parar al mismo terreno que la teología; y de hecho su punto de partida es comun. Todos los conocimientos que una y otra adquieren, sean de la naturaleza que quieran, tienen igualmente por primer fundamento la fé, porque para cada raciocinio que hace el hombre, hay una primera verdad que es su base, y cuya certeza trataria en vano de demostrar en el fondo de su *yo* y como si le fuera propia. De suerte que respecto de esta primera verdad sufre la ley de la autoridad: hace un acto de fé. Esta es la conviccion que llamaba Kant *creencia* y no *saber*. Lo que realmente diferencia la fé del teólogo de la del filósofo, es que este se detiene en las verdades que Dios nos revela por una palabra interior, mientras que el teólogo estiende tambien la fé á la revelacion que la palabra esterior ha efectuado. La doctrina católica procede por via de autoridad, y la doctrina filosófica por via del libre exámen. Con todo, Pascal, al indicar el esceso igualmente peligroso de escluir la razon y de no admitir mas que ella, parece que señala el medio de union de una y otra. "Dios, dice, no entiende que sometamos á él nuestra creencia sin razon." Y hé aquí cómo venimos á parar en el catolicismo, que hace mas de diez y ocho siglos está convidando á la razon para que se asegure de que Dios ha hablado, y luego se someta.

No se busque aquí la ocasion de acusarnos de partidarios del obscurantismo ó retrógrados: nos gloriamos de pertenecer á nuestro siglo. En la union que deseamos no intentamos de modo alguno hacer retrogradar á la inteligencia hácia la edad media. Entonces la filosofía tomó un caracter que no convendria ya á nuestra época. No cese, pues, de estender sus conquistas: progresen las ciencias y difúndanse las luces; pero queden intactos y venerados los principios y consecuencias de la fé, y la vida social sera ensalzada hasta el heroismo.

Por otra parte, en vano aparentaria la filosofía desconocer la necesidad de esta alianza para cumplir su verdadera y sublime mision: y ¿por qué en esta coyuntura en que la sociedad reclama mas que nunca el concurso unánime de todas las luces y de los esfuerzos generosos, no ha de acabar aquella la obra que tantas veces ha tanteado? La escuela espiritualista, fundada por Descartes y continuada por Malebranche, fué al parecer la señal de una concordia definitiva de la filosofía y del dogma religioso; pero no tardaron en desvanecerse estas halagüeñas esperanzas con las doctrinas sensualistas de Gassendi espuestas por Locke y Condillac. El siglo XIX trajo un nuevo modo de considerar la filosofía. El señor Cousin la introdujo en Francia con aplauso; y el eclecticismo moderno, mas lato que el antiguo, llamaba indiferentemente á sí todos los sistemas. Colocándose entre el espiritualismo de la escuela alemana y el espíritu de las doctrinas del siglo XVIII, entre la Sorbona y la escuela de Voltaire, se propuso reunir todas las sectas bajo su bandera para formar una sola: era un pacto entre la filosofía y todas las creencias, una tentativa de conciliacion; pero no pudo aceptarla el catolicismo porque propendia á destruirle. Como fiel guardian de la revelacion, no podia sacrificarla á las preocupaciones de los que le eran hostiles; y procediendo en materia religiosa por via de autoridad, no podia reconocer derechos ilimitados en la razon humana. La lucha ha continuado, y no ha cesado de prevalecer el catolicismo.

Se ha anunciado como prócsimo el advenimiento del nuevo dogma; mas el antiguo se sostiene, y el nuevo no parece. No por eso la filosofía se ha estado ociosa. El señor Damiron ha propuesto un compromiso entre el eclecticismo y el catolicismo. En este contrato el eclecticismo debia aceptar todos los dogmas con la condicion de esplicarlos; mas como la esplicacion que daba de ellos los reducia á simples hechos psicológicos, á alegorías y símbolos, hubiera muerto el catolicismo desde el mismo dia que hubiese cimentado esta union. El señor Guizot ha dado un paso en la via de la conciliacion que se le debe agradecer. Su elevado entendimiento le ha hecho confesar la necesidad de una tradicion: censura á la reforma y á la filosofía porque la desconocen y desdeñan; de donde resulta, segun él, un vacío, un hueco, una cosa incompleta en la sociedad. Esperamos que no tarde en definirla. El señor Leroux, desechando el individualismo, porque no ofrece ninguna certeza, y no engendra mas que anarquía intelectual, alaba á los católicos que proclaman la necesidad de una tradicion. Hasta aquí está en lo cierto y se acerca; pero se aleja en el punto que suponiendo que esta tradicion es añeja y sin influencia, dá la de la era moderna por base de su doctrina de progreso y de perfectibilidad.

Así todas las tentativas de la filosofía han quedado impotentes hasta el dia, porque no ha querido, á lo que parece, la union sino con unas condiciones que debian acarrear la ruina del catolicismo. Sin duda el hombre quiere y debe elevarse á la inteligencia, y debe procurar comprender lo que adora. Pero los dogmas son hechos divinos, hechos reales, objeto de la fé. Cese, pues, la filosofía de negarlos, ó de no ver en ellos sino poesía: no destruya las bases de la fé, y se efectuará la alianza franca y leal.

El racionalismo, revestido de formas diversas, no será entonces una nueva rémora para nuestra época en su marcha ascendente. La humanidad progresará, no solamente en el individuo, sino tambien en la especie sin obstáculo. Estos incrementos sucesivos llegarán á ser un vasto campo de observacion y de estudio para la filosofía, que aspira al conocimiento completo de la humanidad. Entonces la filosofía, espresion mas íntima y clara de la cosa espresada, no encerrándose en el horizonte de miras esclusivas y á veces injustas, representará profundamente y con fidelidad las diversas apariencias de la ecsistencia humana. Nuestro siglo, que viene despues de los periodos ecsuberantes de accion y saturados de racionalismo, y que se aprovecha de las luces que han aglomerado los siglos anteriores á espensas propias, volverá al estado normal. La accion mas enérjica será dirijida por la mas alta sabiduría, y Dios será amado porque será conocido.

En épocas ajitadas como la nuestra, cuando incesantemente aparecen en el horizonte señales amenazadoras, y se turba la vista á fuerza de contemplar el terreno movedizo que tiembla bajo nuestros piés; toca acelerar la conversion de la sociedad hácia los verdaderos principios religiosos, de quienes debe recibir el impulso que puede salvarla, y al que debemos concurrir todos con todos nuestros esfuerzos. Y ¿por qué habia de faltar este concurso en una causa de vida ó de muerte para la humanidad?

CAPÍTULO VIII.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS CULTOS DISIDENTES DEL SIGLO XIX.

De los puntos de creencia comunes á todos los pueblos y de su diversidad.—El culto religioso es el elemento mas poderoso de organizacion social.—Cultos mas generalmente difundidos en las sociedades modernas.—De los judíos.—Del islamismo.—De la reforma.—En qué se diferencia del catolicismo.—Todo culto religioso debe reunirse á los principios católicos para cumplir su mision civilizadora.—De qué lado se manifiesta la verdad con esplendor.—De la autoridad de la Iglesia en general.—Es y debe ser visible.—Del papado.—Negarse á reconocer al papa, es negar á la Iglesia su propia ecsistencia.—De la infalibilidad de la Iglesia.—El hecho confirma el derecho.—Certeza de razon.—Via de conciliacion abierta á los cultos disidentes.—De los griegos cismáticos.—Motivos que tienen para reconocer la supremacía de la Santa Sede.—¿Qué no deben esperar de la Iglesia?—De la reforma.—Poderosos motivos que tiene para reconocer el papado y la infalibilidad de la Iglesia.—Sus tentativas de reunion al catolicismo.—Causa por qué todas se han frustrado.—Diversas esplicaciones sobre este punto.—Una palabra sobre el proyecto de reunion por el Sr. Montlosier.—De las obras del Sr. Merle Albiné y del Sr. Bost.—Los mejores ingenios de la reforma vuelven sus miradas hácia la antigua Iglesia su madre.—Del movimiento religioso en Inglaterra.—La paz durable y la gloria de los estados dependen, sobre todo, de la unidad de los principios religiosos.

No hay mas que un solo y mismo Dios para todos los pueblos: ¿cómo, pues, se esplican tantos cultos diversos de que es objeto? El sí y el no se encuentran en ellos: unos afirman lo que los otros niegan. La indiferencia religiosa, y por resultas la incredulidad, serian la consecuencia rigorosa, si una creencia comun á todos los pueblos y á todas las edades no produjera la solucion completa de este problema: Hay un Dios: la religion es necesaria: este es el grito de la humanidad. "El hombre, ha dicho un célebre escritor de nuestra época (1), encerrado en los límites del mundo, no ve nada sino por entre él y bajo sus mismas formas: supone (nosotros preferimos decir concibe) irresistiblemente alguna cosa que es para él la sustancia, la causa y el modelo de todas las perfecciones que descubre en sí mismo y en el mundo." Bajo cualquiera denominacion que se designe á Dios, sus obras y su palabra le manifiestan, la razon mas pura le confiesa, le nombran todas las lenguas que hablan, todas las ramas de la gran familia, y cada generacion, cada siglo le atestiguan. Es por sí mismo, y su inagotable fecundidad ha producido todas las cosas criadas. Anterior á todos los séres, ninguno ha podido medir la accion de su poderío, ni poner un término á las efusiones de su bondad. En vano se buscaria el grano de arena en que fuesen á acabar las olas de este Océano de vida. En este gran Sér, todo es ilimitado é infinito: con todo, nos guardarémos muy bien de dar á estas palabras el sentido que la mayor parte de los filósofos modernos. Confundiendo las nociones del mundo típico y las del mundo realizado, hacen de Dios un gran todo materializado, cada una de cuyas moléculas es una porcion de su Sér divino. Afirmar un Dios semejante seria negar su ecsistencia. De la nocion general de este Sér Supremo, han deducido todos los pueblos la necesidad de la religion.

Lejos de ser un lujo del pensamiento, una quimera salida de los delirios de algunos hombres de talento, propagada y sostenida por la autoridad de sus ejemplos, tiene sus fundamentos en las nociones que poseemos de la divinidad, y en la naturaleza que nos es comun á todos. "El hombre piadoso y el ateo, decia Montesquieu, hablan de la religion: el uno de lo que ama, y el otro de lo que teme: tan natural nos es unirnos á la divinidad por el vínculo religioso." En efecto, si en cualquier otra cosa separan á los hombres la desproporcion de las edades, la diversidad de los empleos y la desigualdad de las condiciones; reúnense todos en los homenajes que rinden al autor de su ecsistencia: á todos los mueven los mismos motivos, cuyos resultados son los lazos mas inviolables de la sociedad. La religion, necesaria al vulgo como freno, no es menos indispensable á los grandes del mundo. Ella sola puede ejercer en todas las clases el imperio que en vano se intentaria sustituir con una legislacion humana buscando un moderador en el poder de la multitud. Las mismas leyes suelen ser obstáculos impotentes contra las pasiones desorganizadoras: solo la religion no puede eludirse. Por eso se ha dicho con muy profunda razon, que la accion divina sobre la conciencia del hombre es el primer gobierno. El culto religioso es el elemento mas eficaz de organizacion social.

De estos datos confesados por el género humano se sigue que no puede ecsistir mas que una sola religion verdadera, una sola autoridad lejítima, á la que debe el hombre pedir la regla de sus relacio-

(1) El Sr. Cousin, Curso de la historia de la filosofía.

n es co Dios. Como este es uno, la verdad es una. Muy bien puede decirse mi gusto, pero no mi verdad; porque la verdad es el bien comun de todas las inteligencias, y una vez probado lo verdadero, no se propone al libre albedrío de cada uno, sino que se impone con una autoridad irresistible á la creencia de todos. Mas ¿dónde está esa religion revelada? ¿Cuál es la autoridad por la que se han promulgado en el mundo las leyes de la sociedad del hombre con Dios? La Iglesia católica resuelve todas estas cuestiones con el hecho de la mision del Salvador; y hé aquí la solucion del problema que nos hemos propuesto. Los pueblos que están sujetos á la Iglesia, proceden con ella por *via* de autoridad, y los que afectan desconocerla no tienen otra guia que su razon. Aquellos no tienen mas que una sola y misma creencia: de estos puede decirse: *quot capita tot sensus*. No entra en nuestro plan enumerar las diversas sectas que han aparecido en el mundo desde la era cristiana. Considerando en este escrito el catolicismo á presencia del siglo XIX, solo tenemos que indicar las mas notables en las sociedades modernas.

Hace muchos siglos que el judaismo no forma un cuerpo de nacion. A la ley escrita abrogada con la venida del Mesías ha sucedido la ley de la nueva alianza. Si por un profundo designio de la Providencia aquel pueblo heredero de las antiguas promesas cubre aún el mundo con las reliquias de su ruina; su nombre, que sobrevive á la catástrofe mas espantosa, y sus restos dispersos en todas las naciones, sin confundirse jamás con ellas, parecen destinados á ser un monumento eterno del terrible castigo fulminado contra él. Sin embargo, hay hombres en su seno que suspendiendo su carrera errante, levantan á veces la cabeza encorvada, al parecer, con el peso de su alma, ven la gran ciudad edificada sobre la montaña, reconocen la Iglesia depositaria de las nuevas promesas, é iluminados repentinamente con las luces de la gracia, se dedican á amarla. Entonces cae ante ellos la barrera mas alta que los separaba del cristianismo. ¡O Roma! ¡qué gracia he encontrado en tu seno! esclamaba no há mucho ese jóven, de sentimientos enérgicos y hasta violentos, que habiendo alimentado en su alma todas las preocupaciones y todo el odio implacable y sombrío de su secta contra el cristianismo, se ha convertido en discípulo fervoroso de la Iglesia, y se espera que llegue á ser su apóstol. Jóven, rico, con los hábitos de la elegancia, y los gustos frívolos y brillantes que dan a los de su edad la educacion y la fortuna, pasaba como á su pesar por Roma para encaminarse al Oriente: parecia que no habia ido á Italia sino á disfrutar de la dulzura de sus templados inviernos, y encontró la suavidad de la gracia. Algunos rayos de las antiguas glorias de aquella region y los resplandores de la fé le prodigan los de la esperanza, El inmortal esplendor de su cielo y la que es reina de él, parece que le descubren todas sus grandezas y el encanto siempre renovado de sus antiguos recuerdos, y nace bajo de sus piés la virtud. Contempla las ruinas consagradas en la historia y los magníficos templos que ostentan orgullosos la gloria de los héroes de la fé. La iglesia de S. Andrés es pobre, pequeña y poco concurrida: allí es donde Alfonso María de Ratisbona se postra de rodillas como anonadado, y luego se levanta deshecho en lágrimas y pide un sacerdote católico. El 20 de Enero de 1842 se habia levantado judío, y se acostó cristiano. Hay cosas de un órden tan superior y tan santas por su naturaleza, que á la Iglesia sola corresponde publicarlas con toda la majestad de la palabra. Un decreto de la córte de Roma acaba de certificar que esta conversion tiene todos los caracteres de un verdadero milagro. A los judíos que se obstinan aún en no reconocer á la Iglesia católica, no opondrémos mas que este hecho, uno de los mas decisivos de la historia para convencerlos.

No hablarémos del islamismo. Nuestra nacion en guerra con la barbarie africana triunfará de la media luna con el valor de nuestros soldados y la pericia de sus generales; y los hijos de Mahoma, testigos de la majestad de nuestras ceremonias, abandonarán sus preocupaciones y caminarán hácia la verdadera fé como sin saberlo. Los cultos disidentes que están mas en contacto con el catolicismo, se reducen á las iglesias orientales, el luteranismo y el calvinismo.

Estas sectas, divididas en principios y en creencias, se reunen para combatir el catolicismo sobre diversos puntos. Miguel Cerulario consumó el cisma que habia comenzado Focio en el siglo IX; y el principal de todos sus errores consiste en no reconocer al papa. Lutero, jefe de la reforma, se declaró sucesivamente contra todos los dogmas y la disciplina de la Iglesia; y aún hoy, á pesar de la incesante variedad que han esperimentado las doctrinas de aquella secta, el vasto campo de batalla es la supremacía del papa. Por fin, Calvino, discípulo de Lutero, dió mas estension á la heredad que su maestro y modelo le habia dejado, y cayó en mayor número de errores. No nos detendrémos en todos los puntos de doctrina que disputaba al catolicismo, la ecsistencia del purgatorio, la necesidad de las buenas obras, la presencia real, el culto de las imájenes, la confesion auricular, ¿quién sabe? No acabariamos si hubiéramos de hacer una completa enumeracion. Además, las variaciones que han ocurrido en las creencias de los calvinistas son tantas, que seria tentar un imposible si se quisiera reunirlas en un solo símbolo. Cada dia produce nuevas fracciones, y cada una forma un símbolo nuevo para sí. Pero todas se reunen para desechar el papado y disputar la infalibilidad á la Iglesia. Así la supremacía espiritual del papa y la autoridad infalible de la Iglesia son los principales puntos disputados en Francia, en Inglaterra, en Suiza, en Alemania, en Prusia, en Rusia, en todos los puntos donde han penetrado el cisma y la herejía.

¿Habrán de desvanecerse nuestras esperanzas de que vuelvan las creencias á los verdaderos principios para poner un término, á lo menos en Europa, á ese estado de hostilidad que bajo especiosos pretestos agita la sociedad, la divide de mil maneras diversas, paraliza sus esfuerzos hácia mejor porvenir, y hace doblar á los unos la cabeza bajo la cuchilla del despotismo (en Rusia), mientras que otros corren desbocados á la anarquía? En vano se intentará buscar la prosperidad social ó aceptando todos los cultos religiosos bajo cualquiera forma que se presenten, ó escojiendo por un principio de eclecticismo lo que parezca mejor de los diversos cultos coecsistentes, para formar un areligion nacional. En la primera hipótesis, no siendo uniforme la creencia de los pueblos, la tendencia general de las acciones no estará en armonía con un fin comun, porque la sociedad de los espíritus es el alma de toda sociedad humana: cuando aquella está dividida en principios y creencias, ésta se halla rigorosamente sujeta á oscilaciones, á divisiones y á disensiones intestinas, que traen consigo todos los males á que tantas veces se hallan espuestas las sociedades. La ultima hipótesis tendria el triste inconveniente de minar los fundamentos de la religion, su divinidad. El todo que se formase de las diversas creencias, no pasaria de ser una obra de los hombres. Por tanto, cada cual podria libremente admitir ó desechar este culto. La única religion verdadera puede corresponder á las necesidades de la sociedad (1). Con esta condicion sola puede el culto religioso, considerado como elemento de organizacion social, llenar satisfactoriamente su mision civilizadora en el seno de los pueblos. Debe, pues, ser el objeto primero de nuestras investigaciones discernir de qué lado está la verdad; porque así como la ciencia y la fé, no pueden jamás el catolicismo y los cultos disidentes aliarse fuera de la unidad. En seguida pasarémos á juzgar de las disposiciones recíprocas de las partes y de los medios conciliatorios abiertos á las diversas *comuniones* esparcidas por el mundo.

Antes de entrar en la cuestion de la supremacía de la Santa Sede, nos es indispensable determinar su sentido católico, que es este. El papa posee la jurisdiccion en las cosas espirituales sobre la Iglesia entera, de la que es el jefe visible, el centro de la unidad y la fuente de la autoridad. Hé aquí la prueba de esta proposicion. Resulta de lo que hemos dicho ya de la Iglesia, que se presenta á nosotros, así en todas las páginas de las divinas Escrituras como por las intenciones mismas de Jesucristo, bajo la forma de sociedad espiritual. De este principio hemos deducido con todo rigor esta consecuencia: Luego necesita la Iglesia una autoridad que ligue estrechamente todas sus partes en una perfecta unidad de creencia. No hay quien se atreva á disputárnosla; porque lo que constituye toda sociedad es el poder, y de la naturaleza de éste depende la naturaleza de la sociedad. Donde el poder supremo, la soberanía pertenece á todos ó á muchos, la sociedad es democrática ó aristocrática. Donde uno solo es soberano, y todos los poderes ecsistentes le están subordinados, la sociedad es monárquica; pero siempre se necesita una soberanía, un poder supremo, que tenga derecho de mandar y á quien se deba obedecer para que ecsista una sociedad cualquiera. En todos los estados se reconoce la necesidad de un jefe: con mucha mas razon es indispensable en una sociedad espiritual. La autoridad es mas necesaria en ella que en ninguna otra, porque la religion está destinada á arreglar no solamente las relaciones esteriores del hombre, sino á penetrar en el secreto de su entendimiento y de su corazon, para iluminar al uno con una verdadera luz, y formar el otro en la virtud. A una sociedad espiritual le es necesaria una autoridad para disipar las tinieblas entre la multitud, tribu real de niños, de sencillos, de ignorantes, de débiles é irresolutos, y para servir de guia tutelar al ingenio. El escudriñador temerario de la Majestad divina será oprimido con su gloria. Debería bastar el traer á la memoria todas las doctrinas religiosas inventadas y profesadas fuera de la fé de autoridad por inteligencias en lo demás muy elevadas, para concluir que si hay un Dios, una Providencia, es absolutamente necesaria una autoridad.

El género humano, por largos siglos víctima de todas las aberraciones del racionalismo y los sentidos, debe convencernos de la estrema necesidad en que nos hallamos de una doctrina venida de arriba, y dispensada, dictada á todos por autoridad. La razon natural basta para abrazar y querer como una necesidad de evidencia y el remedio mas suave de todos nuestros males, un poder de enseñanza y la sumision que se le debe. La sociedad espiritual de la Iglesia necesita una autoridad proporcionada á la sublimidad de su legislacion toda divina: necesita una union entre sus miembros que asiente la perpetuidad de la sociedad general de una manera mas segura que todas las penas aflictivas; y esta union no podria ecsistir sin un centro comun en que fueran á parar todos los miembros de esta sociedad espiritual. Luego la Iglesia necesita una autoridad.

¿Cómo debe ejercerse? Esta es la cuestion que se presenta aquí como de suyo. Dios es sin duda el gran regulador de la humanidad; pero su accion sobre el hombre es esencialmente invisible. Sin embargo, la unidad religiosa, elemento constitutivo de una sociedad espiritual, es un fin sensible que depende de circunstancias esteriores. Necesitaba, pues, la Iglesia, una autoridad visible delegada de Dios para conseguir este objeto, unir las naciones, y elevarlas segun la espectacion universal á un estado mas perfecto, bajo el imperio de una ley divina para siempre inmutable. Para cumplir este gran designio de misericordia y de amor, concebido de toda eternidad en el seno del Padre, instituyó Jesucristo un sacerdocio nuevo para gobernar esta sociedad espiritual, y dijo al hijo de Jonás, á quien llamó Cefas, es decir, Pedro: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." Y despues: "Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra, quedará tambien desatado en el cielo." Habiéndole preguntado tres veces el Señor despues de su

(1) Invitamos á nuestros lectores á consultar la obra del señor Balmes, intitulada: *El Protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea.*

resurreccion: "Pedro, ¿me amas?" le dijo: "Apacienta mis ovejas y mis corderos." Tales son las pruebas decisivas de la supremacía espiritual, de la preeminencia de honor y de jurisdiccion de Pedro. Héle aquí distinguido de todos los demás pastores por el mismo supremo pastor, y distinguido por la estension de su poder, que no admite otro superior ni igual, supuesto que se le sujeta la Iglesia entera.

Si él es la base de la Iglesia, sus privilegios tienen el derecho de intervencion universal y la autoridad suprema para ligar todas sus partes, y porque la Iglesia no debe perecer jamás. Pedro no es únicamente su primer operario, sino el apoyo universal que liga todas las piedras del edificio, y su base indestructible. A Pedro se le confía la fuente de la autoridad y de la potestad espiritual. Las llaves son el símbolo del poder soberano, y la accion de entregarlas se ha mirado siempre como la señal de la investidura de la potestad. En este sentido se toma en nuestras divinas Escrituras. Sabido es que en Oriente es muy perceptible esta conecsion del poder supremo con sus emblemas; y aún en Occidente cuando se ofrecen las llaves de una ciudad á un conquistador, es una señal de que se reconoce su imperio. Pedro fué investido de la soberanía espiritual. El poder de atar y desatar implica necesariamente una jurisdiccion, y la mision de apacentar el rebaño entero designa tan claramente una autoridad general sobre los fieles y pastores, que no puede desconocerse.

Sin embargo, algunos contradictores sistemáticos han alegado que Pedro no habia tenido una supremacía de jurisdiccion, porque no habia recibido personalmente ningun poder que mas adelante no se hubiese concedido colectivamente á todos los apóstoles. Pero ¿quién podria persuadirse que los poderes especiales recibidos por Pedro pudieron invalidarse con la mision que le fué comun con los apóstoles? Al contrario, este solo hecho constituye una superioridad relativa á favor de Pedro. Aun cuando no hubiera recibido mas que lo que se dió á los apóstoles de un modo colectivo, por solo el hecho de habérsele concedido este don de una manera muy especial le hubiera recibido en grado superior. El docto Orígenes hace esta observacion. "Lo que se habia dado primero á Pedro, dice, parece que se dió despues á todos los apóstoles; pero como debia conferirse á Pedro una mision privilegiada, hubo algo personal en su investidura. *Yo te daré las llaves del reino del cielo.* Esto estaba dicho y hecho (porque para Dios decir, es hacer) antes que viniesen estas palabras: Lo que desatáreis en la tierra Y si estudiamos atentamente las palabras del Evangelio, nos convencerémos de que las últimas frases se dirijen á Pedro y á los demas apóstoles; pero que la primera dirijida á Pedro lleva consigo una gran superioridad de jurisdiccion y de dignidad." Ademas debemos añadir que la mision de apacentar el rebaño no se dá en ninguna parte á los otros apóstoles, sino únicamente á Pedro. A él solo se le habia dicho tambien: "Yo he pedido por tí en particular para que tu fé no desfallezca: así cuando te conviertas, cuida de confirmar á tus hermanos."

Tantas pruebas demuestran victoriosamente la sublime preeminencia y la supremacía espiritual de autoridad dada á Pedro. Estas gloriosas prerogativas han pasado á todos los papas sus sucesores, y la supremacía de la Santa Sede se ha transmitido de siglo en siglo como una institucion divina en la Iglesia de Dios, de que es una parte integral y esencial. ¿Quién se atreveria á negarlo? ¿Podria suponerse por un instante que Jesucristo hubiese dado á su Iglesia una base que debiera sufrir alteracion alguna? ¿No ecsijen la naturaleza y los mismos fines de la Iglesia que el tiempo que todo lo altera, no pueda alterar su constitucion gerárquica? ¿Tan poco cuidadoso habria sido de su obra el arquitecto de esta ciudad santa, que hubiera querido que despues de la muerte de Pedro se viniese abajo el edificio que habia levantado? De buena fé ¿se puede negar á un Dios la prudencia que sin contradiccion se concederia á cualquier hombre? Además la supremacía de jurisdiccion en la Iglesia es el único medio de conservar la unidad de fé, que es el elemento constitutivo de toda sociedad espiritual; luego debe participar de su perpetuidad. Y tan cierto estuvo en el ánimo del Salvador que la autoridad de Pedro pasase hasta el último de sus sucesores, que él mismo lo esplicó con estas palabras: "Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos." Así sancionó solemnemente su obra. A todo lo que acababa de hacer tanto á favor de Pedro, como de los otros apóstoles, aseguró la perpetuidad.

"No hay cosa tan invenciblemente demostrada en la historia eclesiástica, decia el señor conde de Maistre, sobre todo para una conciencia que no disputa jamás, como la supremacía monárquica del sumo pontífice. Apenas se atreve uno á citar hoy los testos que de edad en edad prueban la supremacía romana del modo mas incontestable desde la cuna del cristianismo hasta nuestros dias. Son tan conocidos estos testos, que al citarlos parece que quiere uno ostentar una vana erudicion." Sin embargo no podemos menos de echar una ojeada rápida hacia esos monumentos preciosos de la mas pura tradicion. Ireneo, que habia conversado con los discípulos de los apóstoles, apelaba ya á la cátedra de S. Pedro como regla de la fé, y confesaba este principado regente, que tan célebre se ha hecho en la Iglesia (1). "Como seria demasiado largo, escribia, anotar la larga série de los sucesores de los apóstoles, me limitaré á la silla de Roma, la mas grande, la mas antigua y la mas ilustre Iglesia del universo, fundada por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo, la cual ha recibido de ellos su doctrina, que ha sido anunciada á todos los hombres, y por intermedio de sus obispos ha llegado hasta nosotros. A esta Iglesia deben recurrir todas las otras á causa de su supremacía." Tertuliano esclamaba ya á fin del siglo II (2): "Hé aquí un edicto y edicto

(1) Adv. Hæres., lib. 3, cap. 3-
(2) De *pudicitia*, cap. I. X et de præscript, cap. XXXVI.

perentorio procedente del sumo pontífice, *del obispo de los obispos.* El Señor dió las llaves á Pedro y *por él* á la Iglesia. Si se trata del Africa, dice, Roma no esta lejos, y poco tiempo basta para consultarla." S. Cipriano decia (1): "Despues de estas tentativas habiendo elejido obispo por sí mismos, se atrevieron á sellar y enviar cartas de cismáticos y de hombres profanos á la cátedra de S. Pedro y á la Iglesia principal, *donde la unidad sacerdotal tiene su origen*, sin reflecsionar que los miembros de esta Iglesia son aquellos romanos cuya fé alabó S. Pablo, y en los cuales no tiene cabida la perfidia." Despues de referir las inmortales palabras, *tú eres Pedro*, añade: "De ahí deriva la consagracion de los obispos y la forma de la Iglesia: de su seno salió la unidad y está al abrigo de todo error por una proteccion especial de la divina Providencia." No menos claramente se espresa S. Agustin (2) instruyendo á su pueblo y con él á toda la Iglesia. "El Señor, dice, nos encomendó sus ovejas, porque las encomendó á Pedro."

En las actas del concilio de Sardica en Tracia, celebrado á instancia de S. Atanasio y con asistencia de trescientos obispos, leemos: "Parecera muy conveniente que los sacerdotes en todas las provincias se refieran á la cabeza de la Iglesia, es decir, á la catedra de S. Pedro." S. Basilio el Magno recurrió al papa Dámaso en la miseria de su iglesia, y para moverle mas le recordaba todas las ocasiones en que los pontífices romanos de los tiempos pasados habian intervenido en los asuntos de su silla. S. Gerónimo escribia al papa de esta suerte (3): "No quiero seguir mas que á Cristo, unido á la comunion de vuestra santidad, es decir, á la cátedra de Pedro. Yo sé que sobre esta roca está fundada la Iglesia. Cualquiera que conduce el rebaño fuera de esta casa, es un hombre profano.... El que no riega con vuestra santidad, pierde el trabajo." S. Juan Crisóstomo decia al papa (4): "Me dirijo á vos para pediros en primer lugar que lo que se ha hecho tan inicuamente contra mí en mi ausencia y cuando yo no me negaba á someter mi conducta á una informacion, sea anulado: despues que los que han procedido así contra mí queden sujetos á un castigo eclesiástico. Admitidme ademas, aunque no he sido convencido de ninguna transgresion, á gozar del consuelo de vuestras cartas y de la sociedad de mis primeros amigos." Y en otro pasaje: "¿Por qué razon, dice, derramó Jesucristo su sangre? Ciertamente por salvar las ovejas que encomendó á la guarda de Pedro y de sus sucesores."

Siempre han sido considerados los papas como los jefes supremos de la Iglesia, y han desplegado las facultades de tales. No entrarémos en pormenores sobre este punto: solamente añadirémos que algunos concilios generales han reconocido solemnemente la suprema autoridad del papa. Así en el de Éfeso Felipe, uno de los legados del papa Celestino, habló á aquella venerable asamblea en estos términos: "Nadie pone en duda y todos los siglos han creido que el santísimo padre, el príncipe de los apóstoles, el pilar de la fé y el fundamento de las iglesias, recibió de nuestro Señor las llaves del reino y la facultad de atar y desatar. Ahora vive en sus sucesores, y ejerce siempre esta autoridad por sus manos" Entre los seiscientos obispos que oyeron leer la carta que el papa Leon habia escrito al concilio de Calcedonia, informandole de que su carta á Flaviano habia resuelto plenamente todo lo que es de fé sobre el misterio de la Encarnacion, no hubo una voz que reclamara. De este mismo concilio salieron aquellas aclamaciones unanimes: *Pedro ha hablado por la boca de Leon: Pedro está siempre vivo en su silla.* Concluido el concilio se dirijieron á aquel santo pontífice en estos términos: "En la persona de Pedro que se ha hecho nuestro intérprete, perpetuais por órden de vuestro Maestro la cadena de la fé que baja hasta nosotros. Por eso mirandoos como nuestro guia hemos dado á conocer la verdad á los fieles, no por una interpretacion particular sino por nuestra confesion unanime.... Como la cabeza domina á los miembros, así vos presidís nuestra reunion por medio de aquellos á quienes habeis dado esta comision. Os suplicamos pues que honreis nuestra resolucion dándole la forma de decreto. Como respetamos la cabeza de la Iglesia, rogamos á vuestra eminencia que haga eficaces unas medidas tomadas en beneficio de vuestros hijos."

Seria supérfluo acumular citas de las autoridades sacadas de la Iglesia latina. "No hay unidad de Iglesia, decia Santo Tomas, sin unidad de fé; pero no hay unidad de fé sin un jefe supremo (1)." Belarmino se esplicaba así: "¿Sabeis de qué se trata cuando se habla del sumo pontífice? Pues *se trata del cristianismo.*" Sabida es la espresion tan ingeniosa de S. Francisco de Sales: "*El papa y la Iglesia es todo uno.*" Gerson confesaba que Jesucristo fundó su Iglesia sobre un solo monarca supremo, el pontífice romano, en el cual solo reside la potestad eclesiástica en su plenitud. Esta era tambien la doctrina de Almaino, á quien no se acusará, como ni tampoco á Gerson, de que quisieran adular á Roma. "El papa solo, dice, posee una autoridad primitiva que somete á él todos los demas sin que él esté sometido á ninguno." Y el gran Bossuet, ¿qué no dijo en su famoso sermon de la unidad? "La Iglesia romana no conoce herejías: la Iglesia romana no ha errado jamás: Pedro permanece en sus sucesores el fundamento de los fieles."

En 1810 ¡qué homenaje tan notable dió al papado el consejo eclesiástico encargado por Bonaparte de responder á ciertas cuestiones! "Un concilio general, respondieron los diputados, no puede celebrarse sin la cabeza de la Iglesia; de otro modo no representaria la Iglesia universal." Es verdad que en el curso de la discusion dejaron escapar que

(1) *Epist. synod. ad Julium rom. con. gent. t. 2 et p.* XXVII, XXXIII.
(2) Serm. CXCVI.
(3) Epist. XIV ad Damasum, t. IV.
(4) Epist.—ad Innoc. t. III. et de sacerd. t. I, l. 2, c. 1.

(1) *De summo pontifice in proef.*